

DOS HÚSARES

El Jardín de Epicuro

¡Extranjero, aquí estarás bien: el placer es el fin supremo!

FICCIÓN

LEV TOLSTÓI

DOS HÚSARES

Traducción y notas de
OLGA KROBENKO

© De la presente edición, Hermida Editores, 2014.
Calle Antonio Alonso Martín 10, 28860 Paracuellos de Jarama, Madrid.
Tel. 916584193
e-mail hermidaeditores@gmail.com
www.hermidaeditores.com

© Traducción y notas de Olga Korobenko.
Asesor literario de la colección: Jaime Fernández Martín.
ISBN: 978-84-940159-8-4
Depósito legal: M-24643-2013
Impreso en España
Primera edición: febrero de 2014

(Dedicado a la condesa M. Tolstaia, 1856)

*Erre que erre con Jomini,
Y ni una palabra sobre vodka...*
Denís Davidov¹

Hacia 1800, época en la que aún no había ni ferrocarriles, ni carreteras asfaltadas, ni alumbrado de gas, ni velas de estearina, ni sofás bajos de muelles, ni muebles sin barniz, ni jóvenes frustrados con cristallitos, ni mujeres filósofas liberales, ni damas *camelias* encantadoras que tanto abundan en nuestros días; en aquellos tiempos inocentes cuando, al partir de Moscú a Petersburgo en un coche o carruaje, se llevaba toda una despensa de platos caseros, se viajaba ocho días por un camino suave, polvoriento o lleno de lodo, y se confiaba en filetes de grévol empanados al estilo de Pozhárskaja, servidos en mitad del camino, en campanillas sonoras de Valdái y en roscas doraditas; cuando durante largas tardes otoñales se formaban pabilos en las velas de sebo que iluminaban tertulias familiares de veinte o treinta personas y, cuando se celebraban bailes, los candelabros se llenaban de velas de cera y de cetina; cuando

1. Teniente general de húsares, héroe de la guerra napoleónica y poeta. Su frase se refiere a la nueva generación de húsares que solo hablaba de generales y había desplazado la anterior, de bromistas y juerguistas. (Esta nota y la siguiente son de la traductora).

los muebles se colocaban con simetría; cuando nuestros padres eran jóvenes no solo por carecer de arrugas y canas, sino que protagonizaban duelos por mujeres y se lanzaban desde el otro rincón de la sala a recoger pañuelos caídos a propósito y sin propósito, nuestras madres llevaban cinturas altas y mangas enormes y decidían asuntos familiares sacando billetitos; cuando las damas *camelias* adorables se escondían de la luz del sol; en los tiempos inocentes de logias masónicas, de martinistas, de la Unión de la Virtud *Tugendbund*, en los tiempos de los Milorádovich, de los Davidov y de los Pushkin, en la ciudad de K., capital de región, hubo una asamblea de terratenientes y se estaban terminando unas elecciones nobiliarias.

I

—Bueno, me da igual, aunque sea en el salón —decía un joven oficial vestido con un abrigo de pieles y un chacó de húsar, recién bajado del trineo de viaje, al mismo tiempo que entraba en el mejor hotel de la ciudad de K.

—Hay mucha afluencia, apreciadísimo señor, su excelencia —decía el mozo que ya había sabido por su ordenanza que el húsar se apellidaba conde Turbín y por eso le llamaba «su excelencia»—. La terrateniente de Afrémovo y sus hijas se proponían salir del hotel esta tarde, así que, cuando esté libre, podrá usted ocupar la habitación número once —le decía avanzando por el pasillo delante del conde con pasos ligeros y girándose a cada rato para mirarlo.

En el salón, en una mesa pequeña, al lado de un retrato de cuerpo entero, ya ennegrecido, del emperador Alejandro, había varias personas bebiendo champán —por lo visto, unos nobles locales— y, apartados de ellos, unos comerciantes, viajeros, con abrigos azules de pieles.

El conde, al entrar en la sala y hacer pasar a Blújer, un perro moloso gris que había traído consigo, se quitó rápidamente su capote, con cuello todavía escarchado, pidió vodka y, quedándose en un caftán azul de raso, se sentó a la mesa y entabló conversación con los señores allí sentados que, cautivados enseguida por el aspecto galán y abierto del recién llegado, le ofrecieron una copa de champán. El conde bebió antes un vasito de vodka y después pidió una botella

para invitar a sus nuevos conocidos. Entró el cochero a pedir propina para vodka.

—¡Sashka! —gritó el conde—. ¡Dale algo!

El cochero salió con Sashka y volvió a entrar, dinero en la mano.

—¿Pero cómo es eso, queridísimo señor, su excelencia? ¡Si es que me he esforzado mucho por servir a su señoría! Me dijo que serían cincuenta cópecs y solo me han dado veinticinco.

—¡Sashka! ¡Dale un rublo!

Sashka bajó la vista, contemplando los pies del cochero.

—Ya le basta —dijo en voz baja—, y tampoco tengo más dinero.

El conde sacó de la cartera los dos únicos billetes azules que le quedaban y entregó uno al cochero, quien le besó la mano y salió.

—¡Vaya situación! —dijo el conde—. Los últimos cinco rublos.

—Muy digno de un húsar, conde —comentó sonriendo uno de los nobles quien, a juzgar por el bigote, la voz y cierta soltura enérgica en las piernas, era un soldado de caballería retirado—. Díganos, conde, ¿tiene previsto quedarse aquí mucho tiempo?

—Tengo que conseguir dinero. Si no, no me quedaría. Porque tampoco hay habitaciones. Que se los lleve el diablo, en esta maldita taberna...

—Disculpe, conde —interrumpió el veterano—, ¿no se le ofrece compartir la mía? Estoy aquí, en la séptima. Si no le hace ascos a la idea de pasar allí unas noches mientras tanto. Quédese aquí un par de días o tres. Hoy habrá un baile en la casa del decano de nobleza. ¡Cuánto se alegraría el anfitrión!

—Es verdad, conde, quédese —intervino otro de los presentes, un joven guapo—. ¿Qué prisa tiene? Y las elecciones solo se dan una vez en tres años. ¡Hágalo, conde,

al menos para ver a nuestras señoritas!

—¡Sashka! Tráeme ropa limpia, iré a la sauna —dijo el conde, incorporándose—. Y de allí, ya veremos, tal vez sí que podría presentarme en la fiesta del decano.

Después llamó a un criado, le comentó algo, a lo que el criado sonrió y contestó: «Todo está en manos del hombre», y salió.

—Entonces, amigo, les digo que lleven mi maleta a su habitación —gritó el conde desde detrás de la puerta.

—Haga el favor, será un placer —replicó el veterano, corriendo hacia la puerta—. ¡Es la número siete! Recuérdelo.

Cuando se dejaron de oír sus pasos, el veterano volvió a su sitio y, acercándosele más al funcionario y mirándolo a la cara directamente con ojos sonrientes, advirtió:

—Vaya, vaya... Es él mismo.

—¿Seguro?

—Te lo digo yo, es el mismo húsar duelista, aquel Turbín, el famoso. Me ha reconocido, apuesto lo que sea a que me ha reconocido. Claro, en Lebedián estuvimos de juerga juntos durante tres semanas, sin parar, cuando me habían enviado a por caballos nuevos. Hubo una cosa allí —la montamos juntos—, pero no se le nota nada de eso. Un buen mozo, ¿eh?

—Un galán. ¡Y muy simpático! ¡No se le nota nada raro! —contestó el joven guapo—. Qué rápido nos hemos entendido... Tendrá unos veinticinco años, no más, ¿no?

—No, es pura apariencia, tiene más. Es que ¡hay que saber quién es! ¿Quién se llevó a Migunova? Él. Fue quien mató a Sablin, quien descolgó a Matnióv por los pies de una ventana, quien ganó trescientos mil al duque Nésterov. Es que es un tipo atrevidísimo, todo hay que saberlo. Jugador, duelista, seductor, pero es un húsar de gran alma, un hombre de gran alma, de verdad. Es que solo tenemos mala fama, ojalá alguien entienda qué es eso: un húsar de verdad. ¡Ay, qué tiempos aquellos!

Y el veterano le contó a su compañero tal juerga con el conde en Lebedián que no solo nunca había sucedido sino que tampoco podía haber sucedido. En primer lugar, no podía haber sucedido porque jamás había visto al conde anteriormente y se había retirado dos años antes de que el conde entrara en el servicio, y en segundo lugar, porque el veterano nunca había estado en la caballería, sino que pasó cuatro años como un cadete de lo más insignificante en el regimiento de Bélev y, en cuanto lo hubieron ascendido a alférez, se retiró del servicio. Sin embargo, hacía unos diez años, tras haber recibido una herencia, sí que se había ido a Lebedián, había despilfarrado allí setecientos rublos con unos oficiales que compraban caballos y ya se había encargado un uniforme de ulano con puños naranja para entrar en ese cuerpo. El deseo de entrar en la caballería y las tres semanas vividas con aquellos oficiales en Lebedián se le habían grabado en la memoria como el período más luminoso y feliz de su vida, así que primero había trasladado ese deseo a la realidad, luego, al recuerdo, y ya estaba él mismo convencido de su pasado en la caballería, aunque a pesar de esto seguía siendo una persona dignísima por su bondad y honradez.

—No, el que no ha estado en la caballería, nunca podrá entender a los nuestros. —Montó una silla y, sacando la mandíbula, se puso a hablar con timbre bajo—: A veces pasas por delante de un escuadrón, en un demonio de caballo que no para de dar brincos; eso, estás montado así, como un demonio. Se acerca el comandante de escuadrón antes de pasar revista. «Teniente —me dice—, por favor, no podemos hacer nada sin usted, lleve al escuadrón con la marcha ceremonial». Bien, le digo, y ¡ya está! Te giras, pegas un grito a tus gigantes bigotudos. ¡Ay, demonios, qué tiempos aquellos!

Volvió el conde, todo rojo y con pelo húmedo, de la

sauna y entró directamente en la habitación siete en la que ya le esperaba, vestido de bata y con una pipa, el veterano que, no sin cierto miedo, se regocijaba dando vueltas a la suerte que había tenido de compartir la habitación con el famoso Turbín. «Bueno, pues —le venía a la cabeza—, y si de pronto va y me quita la ropa, me saca desnudo a las afueras y me deja plantado en la nieve o... me embadurna con brea o simplemente... no, no lo hará por camaradería...» —se consolaba.

—¡Sashka, dale de comer a Blújer! —gritó el conde.

Llegó Sashka que se había tomado un vaso de vodka después del viaje y estaba bastante achispado.

—No te has aguantado: ¡ya has bebido, canalla!... ¡Dale de comer a Blújer!

—Tampoco se va a morir de hambre: ¡fíjese qué gordo! —contestaba Sashka acariciando al perro.

—¡Calla esa boca! Venga, dale de comer.

—A usted lo único que le importa es que el perro no tenga hambre y una persona se toma un vasito y ya le regaña.

—¡Eh, que te mato! —gritó el conde con una voz que hizo temblar los cristales de las ventanas, y el veterano incluso tuvo un poco de miedo.

—Ojalá hubiera usted preguntado si Sashka había comido algo hoy en todo el día. Hala, pégueme si un perro vale para usted más que una persona —balbució Sashka. Y enseguida recibió un puñetazo tan horroroso en la cara que se cayó, se dio un golpe con la cabeza contra el tabique y, tapando la nariz, salió corriendo por la puerta y se derrumbó sobre un arcón en el pasillo.

—Me ha roto los dientes —gruñía Sashka, limpiando la nariz ensangrentada con una mano y con la otra rascando el lomo de Blújer, que se lamía el hocico—. Me ha roto los dientes Blushka y, sin embargo, es mi conde y por él estoy dispuesto a todo, ¿eso es! Porque es mi conde, ¿entiendes,

Blushka? ¿Tienes hambre?

Después de recuperarse un poco, se levantó, dio de comer al perro y, ya casi sobrio, fue a servir y a ofrecer té a su conde.

—Me sentiré agraviado —decía el veterano con timidez, de pie delante del conde, que estaba tumbado en su cama con los pies apoyados en el tabique—. Yo también soy un antiguo militar y un camarada, por decirlo de alguna manera. En vez de que pida usted dinero a otros, le prestaría unos doscientos rublos con mucho gusto. Ahora no los llevo, solo tengo cien, pero los conseguiré hoy mismo. Si no, ¡sería un agravio para mí, conde!

—Gracias, amigo —dijo el conde, intuyendo al instante el tipo de relación que debía haber entre ellos y dándole al veterano golpecitos en el hombro—, gracias. En este caso también podemos ir al baile. ¿Pero qué hacemos ahora? Cuéntame, qué hay en vuestra ciudad: ¿quiénes son las chicas más guapas? ¿quiénes son los juerguistas? ¿quién juega a las cartas?

El veterano explicó que en el baile habría mujeres guapas para dar y regalar, que el mayor juerguista era el jefe de policía Kolkóv, recién elegido, aunque le faltaba el arrojo de los húsares de verdad, por lo demás, era un buen mozo; que el coro gitano de Ilushka cantaba allí desde que habían comenzado las elecciones, con Steshka llevando la voz cantante, y ese día todos iban a verlos después del baile del decano.

—Y también hay juego serio —le contó—. Lujnov, uno de fuera, juega y tiene dinero, e Illín, el que está en la habitación 8, un corneta ulano, también pierde mucho a las cartas. Ya han empezado una partida en su habitación. Juegan cada tarde y ya le digo, conde, es un chico estupendísimo ese Illín: nada de tacaño, dispuesto a entregar su última camisa.

—Pues, vamos para allá. Veremos qué clase de gente son —dijo el conde—. ¡Vamos, vamos! Les daremos una alegría tremenda.